

Revista de Ciencias Sociales

Vol. III

Diciembre, 1959

Núm. 4

“DESPOLITIZACION” E INDUSTRIA*

JEAN MARIE DOMENACH**

EL nuevo régimen que se instaló en Francia en junio de 1958 no ha surgido como una reacción contra *una* política, sino como una reacción global contra *la* política. En su declaración de toma de posesión, el Primer Ministro Michel Debré, ha dicho: “La ‘despolitización’ de lo esencial nacional, es un gran problema”. Se ha llamado al gobierno a muchos técnicos; los derechos del Parlamento se han limitado grandemente. En todos sus discursos, el Presidente de la República, el General De Gaulle, insiste en la función de *arbitrage* que se le ha confiado; arbitraje entre intereses diferentes, de los que debe extraer el bien común nacional. Recientemente, en ocasión de haber protestado el dirigente de la Unión de Estudiantes contra la insuficiencia de los créditos concedidos a la Universidad, el General De Gaulle le respondió, con bastante brusquedad, que el único que puede hablar en nombre del interés nacional en Francia, es él. Así se perfila la figura de un Estado donde cada grupo social o profesional se limita a la defensa de sus intereses particulares, mientras que un jefe, aconsejado por técnicos, determina, en forma soberana, el interés general.

¿Es original de Francia esta orientación? No lo parece, al observar la evolución del mundo. Más bien son los franceses los que se

* Traducido del francés por Alfredo Matilla.

** Director de la revista *Esprit*, portavoz del catolicismo francés democrático y de amplias perspectivas sociales.

unen a una actitud bastante generalizada en Occidente, al abandonar su vida política de la manera apasionada y trágica a que estaban acostumbrados. Hace mucho que en los Estados Unidos la política se ha convertido en un asunto de "máquinas" especializadas que, por medio de técnicos de administración y publicidad, constituye una empresa del tipo habitual en la industria. Años de encarnizadas luchas habían hecho de la política el centro de un destino total, donde las masas intentaban lograr su liberación, mientras otros defendían su posición adquirida y sus concepciones religiosas. Pero en nuestros días, en Occidente, con excepción de algunas minorías, el pueblo no deposita ya su esperanza en un cambio político. La política ha pasado a manos de los *especialistas*: técnicos de la opinión, administradores de partido.

Cosa curiosa: la extinción de la política es mucho mayor en el Este. Es verdad que se trata de regímenes autoritarios que desposeen al ciudadano de su responsabilidad en los negocios públicos, pero es significativo observar hasta qué punto —a diferencia de los regímenes totalitarios fascistas— la "despolitización alcanza a la dirección de los Estados comunistas. Desde el último congreso del Partido comunista en la Unión Soviética ya no se trata prácticamente de problemas políticos, sino solamente de técnica: cómo mejorar la producción, la educación, etc. "La política, decía Lenin, es la economía condensada". Ahora la economía ha reemplazado abiertamente a la política. Los yugoeslavos no temen llevar esta evolución hasta una posición extrema; según ellos, "la política no es otra cosa que la expresión de las relaciones de clases";¹ por consiguiente, en un Estado sin clases, la política desaparece, dejando al descubierto los problemas reales: la gestión concreta, la administración, la producción. La noción misma de *partido político* ha sido eliminada por las autoridades yugoeslavas que han transformado al Partido comunista en una "Liga" que, oficialmente, desempeña una misión de preparación y de educación cívica. Se ha suprimido así la discusión política, en beneficio de una "democracia directa" que plantea problemas de detalle, pero nunca de opción fundamental.

Esta evolución del poder corresponde a una actitud ampliamente difundida. Los jóvenes, no importa que vivan en un régimen capitalista o comunista, se interesan muy poco por la política; sus ideales, sus intereses son otros. Lo he podido constatar en Polonia y en Yugoslavia: la juventud prefiere las mismas cosas, la misma música, los mismos mitos que en Occidente. Las realizaciones técnicas les parecen infinitamente más interesantes que las luchas políticas. Incluso en Varsovia la proporción de estudiantes marxistas es muy inferior a la

¹ Jevan Djordjevic, "La Yougoslavie, démocratie socialiste" (Paris: PUF, 1951).

de París.² En los comienzos del siglo XIX, Napoleón había dicho que la tragedia moderna era la política. La cosa resultó verdad en Europa hasta la mitad del siglo XX. Hemos entrado ahora en una nueva etapa: la grandeza del hombre, su capacidad de creación y de conquista, su instinto de poder, se afirman, al parecer, fuera de la política. Hay, sin embargo, una excepción: la política sigue viviendo intensamente en los países subdesarrollados; en ellos las querellas de partidos apasionan, se lucha en reuniones electorales, se "discute en política" en las plazas y en los cafés. Esta excepción indica que las formas pasionales de la política, como las hemos conocido, parecen ligadas a una sociedad que no ha alcanzado todavía el nivel logrado por los Estados Unidos y al que se acercan Inglaterra, Alemania y Francia.

I

Para poder medir mejor este fenómeno de la "despolitización", es conveniente recordar que lo que entendíamos tradicionalmente por "política" es un concepto reciente. En la Antigüedad, la "política" era el arte de arreglar los negocios de la ciudad: una "técnica", la llamaron los griegos. El renacimiento la hizo privilegio de los Príncipes. Fue a fines del siglo XVIII cuando nacieron las grandes ideologías que ligaron a la aventura política el destino total de la Humanidad. Lo "sagrado" religioso se hace laico; la salvación no se delega en el Cielo sino que se logra en la Tierra. La política cesa de ser una técnica municipal, un método de gestión cívica; pasa a ser un instrumento de liberación. Para los revolucionarios franceses la política es el hombre sustituyendo a Dios en la dirección de su destino y organizando su felicidad sobre la Tierra. De ahí el inmenso depósito de esperanza y de energía y la aparición de lo que Albert Camus ha llamado las "religiones horizontales". Con Hegel y sus dos descendencias —el marxismo y el fascismo— la política se convierte en un *ersatz* de la fe religiosa; requiere el empeño y el sacrificio por un fin utópico, que es precisamente la abolición de toda discordia política en una sociedad feliz y fraternal.

² Encuesta realizada por Stefan Nowak y Anna Pawelczyska con 275 estudiantes de la Universidad de Varsovia en 1958:

A la pregunta: "Eres marxista?", las respuestas fueron:

Decididamente sí	1.8%
Más bien sí	11.4%
Más bien no	33.7%
Decididamente no	34.1%
Sin opinión	17.2%

(Varios fragmentos de esta encuesta se publicaron en la revista *Esprit*, en el número de noviembre de 1958).

Pero hemos vivido lo que Nietzsche profetizó: la ideología totalitaria lleva al "nihilismo". Cuando una duda aparece en aquel que creía que todo tiene un sentido, es el conjunto lo que se hunde y nada tiene ya sentido. La ideología nacionalista y después la ideología marxista han sufrido, sucesivamente, esta terrible prueba: el hundimiento del nazismo ha revelado a millones de hombres el horror que se ocultaba tras la exaltación de un pueblo movilizad; el "informe Kruschev" y después la revolución de Budapest han lanzado a una desesperación similar a millones de revolucionarios en Europa. Vivimos la agonía de los filósofos de la Historia. El dogma marxista rara vez resulta una profesión de fe, pero ha moldeado los espíritus y ha transformado el clima social de tal manera que su desintegración se produce lentamente y deja a los dirigentes tiempo suficiente para preparar el nacimiento de un vocabulario y de unas ideologías de repuesto.

Paralelamente a este debilitamiento de la ideología, el progreso técnico creaba un mundo cada vez más resistente, más opaco a la política. Redactar una Constitución y esperar que la faz del mundo cambie, era una actitud posible hace cien años. En nuestros días la transformación de la condición humana pasa por determinismos pesados y lentos: no se modifica una economía tan rápidamente como las instituciones; alimentar a millones de hombres, edificar una industria, planificar el consumo, son problemas enormes y complejos; los hombres comprenden la urgencia, la dificultad, pero son aplastados por su amplitud y renuncian fácilmente a dominarlas, dejando este cuidado a los especialistas. Nuestros contemporáneos descubren, detrás de la aparente diferencia de los sistemas políticos, la profunda identidad de sus condiciones. La forma del régimen determina cada vez menos la realidad de la vida. Para un obrero de la fábrica Renault, de la fábrica Skoda o de la fábrica Ford, el trabajo se presenta aproximadamente de la misma forma; su situación concreta es idéntica, en relación a los objetos que produce, a las órdenes que recibe y a las máquinas que manipula.

El progreso logrado por los Estados Unidos no debe ocultar este fenómeno mundial: el trabajo industrial crea una sociedad técnica que engloba al hombre, que le determina cada día más, incluso cuando parece liberarle. Los sociólogos americanos han descrito perfectamente el medio homogéneo y conformista que se desarrolla en los Estados Unidos. No es preciso insistir, como no sea para señalar las consecuencias de esta evolución, en la participación política. La actitud política activa traducía la fe en una sociedad coherente que el hombre podía arrancar de lo fatal y modelar a su antojo. Las grandes aventuras políticas fueron solidaridades deseadas; en la lucha se formaban solidaridades exaltadoras, que eran como el bosquejo, la anticipación de

la sociedad por la que estaban dispuestos a morir; el creyente político —parecido al místico religioso— vivía ya el comienzo de su paraíso. La mentalidad europea, tanto como nuestra reciente historia, han sido modeladas por esta presencia ferviente de la utopía. Recuérdese la ilusión de la epopeya revolucionaria que Malraux ha descrito en sus novelas. Pertenezco a una generación que ha conocido, en la Resistencia al nazismo, los últimos destellos de este idealismo fraternal. Pero el hombre nuevo, tal como lo forma el trabajo industrial, está atrapado en una mecánica tan bien lograda, en una sociedad tan densa, tan "viscosa", que el proyectõ revolucionario, la esperanza política, se le aparecen como una dulce locura. Ante estas realidades, demasiado poderosas, renuncia a dominarlas; se somete a ellas, todo lo que puede, o las asimila. No analiza a la sociedad, no la rechaza: la padece o, aún más, se la incorpora.

William H. Whyte, Jr. ha escrito un penetrante análisis de esta proyección de la organización técnica en las conciencias individuales.³ Hasta cuando cree escapar a las presiones sociales, el hombre moderno es su prisionero: su satisfacción está tan condicionada como su trabajo por los imperativos del consumo de masa. Se desarrolla así una especie de *intoxicación social* cuyas dos consecuencias antagónicas se han expuesto muchas veces: saturación y náusea, adhesión y evasión. Tanto en el nivel del grupo como del individuo, el deseo de actuar sobre la dirección de la sociedad desaparece en beneficio de una actitud dada, de conformismo doliente y de revuelta clandestina. Lo que se opone al orden establecido, a la opresión social, no es el proyecto de otra sociedad, de un orden más justo, es la protesta individual, bajo todas sus formas, tanto las más bajas como las más elevadas. Del Este nos llegó "El Doctor Jivago"; ese héroe de Pasternak, la antítesis viviente de los héroes de Malraux, es una conciencia que pasa a través de la Revolución afirmando que la belleza de la Naturaleza y la verdad del Amor están infinitamente por encima de las grandes causas sociales. En Occidente no se terminaría de describir todas las formas de sustitución en la participación política: la hipertrofia del espectáculo deportivo, la multiplicación de los grupos clandestinos, particularmente entre la juventud y, sobre todo, la exaltación de la sexualidad. El erotismo está en relación inversamente proporcional al interés político; es la revancha exasperada de lo individual inalienable, de lo íntimo, sobre una sociedad aplastante; la compensación frenética de la pérdida del sentido de un destino colectivo.

La "standarización" del hombre, con su consecuencia, la revolución anárquica, va directamente ligada a la "despolitización". Cada uno

³ *The Organization Man* (Nueva York: Simon and Schuster, 1956).

se convierte en una función de un organismo colectivo cuyo sentido y dirección se le escapa. En una primera fase el progreso técnico aportó la división del trabajo y la lucha de clases; de esa situación dedujo la política moderna su potencial sentimental, su reivindicación totalitaria; se trataba, en efecto, tanto bajo la fórmula marxista como bajo la fórmula nacionalista, de responder a la división social, a la exclusión del proletariado, con una totalidad englobante, con un proyecto social donde el hombre pudiera convertirse en el igual y el hermano de aquellos de quienes estaba separado. Pero una segunda fase, el trabajo industrial, el consumo de masa, mezclaron la sociedad de tal manera que el hombre, alejado de su obra, siempre más compleja y más vasta, se reconoce cada vez menos y acaba por renunciar a dominar dicha obra. Cuanto más se ve obligado a conformarse a las exigencias de la producción social, a sacrificar sus fuerzas, su tiempo, su vocación personal, más se pregunta el valor y el sentido de ese esfuerzo gigantesco. Los sociólogos constatan que el progreso del nivel de vida va acompañado de una insatisfacción creciente, no el plano del grupo, sino del individuo y, a menudo, de lo más profundo de su inconsciente. Un filósofo francés, Eric Weil, ha dado la explicación: "La modernidad de nuestra sociedad, considerada objetivamente como lucha progresiva con la naturaleza exterior, se explica, en el plano de lo subjetivo, como una grieta del individuo, entre lo que es para él mismo y lo que hace y posee; entre lo que considera como su propio valor y lo que debe presentar como valor a los demás, a la sociedad".⁴

Esta reflexión se une a la afirmación del sociólogo Whyte al deplorar "la ruptura entre el individuo, tal como es, y el papel que está llamado a desempeñar en la sociedad".

Por esa grieta huye la conciencia política, que es justamente el cuidado de no separar la liberación individual de una mejor organización colectiva. La contradicción entre la conciencia privada y la conciencia social ha llegado a ser tan profunda que compromete hasta la idea misma de una acción política. El hombre busca una salida en una revolución individual que ya no está ligada a un movimiento social o bien acepta su derrota y se resigna a convertirse, con los demás, en un esclavo de la tiranía de todos sobre todos; sustituye la integración histórica, que exige el conocimiento de una situación y la voluntad de transformarla, por una integración social, que es una fuga hacia las satisfacciones del presente, una renuncia a toda voluntad colectiva de transformar el porvenir. La política supone un sentido que enlaza, en un proyecto común, los intereses y las voluntades particulares; sin duda, como hemos visto, la ideología política del siglo

⁴ *Philosophie politique* (París: Vrain, 1957).

XIX ha abusado de su sentido para convertirse en totalitaria y fanática. Pero en nuestro tiempo, la pérdida de sentido —del sentido de la producción, del sentido del desarrollo histórico y, sencillamente, del sentido de la vida— es la causa de la desdicha de las sociedades que creían haberse desembarazado de lo trágico.

II

Llegamos aquí a la principal contradicción de las sociedades contemporáneas: en el momento en que la técnica les ofrece un poder demiúrgico no perciben el modo de controlarla, de ponerla al servicio de una construcción racional, universal, de una obra de paz y de cultura. Es impresionante constatar cómo la política va a la zaga del desarrollo técnico. Indudablemente la política no es susceptible de progreso, contrariamente a lo que creyeron Marx y la mayor parte de los socialistas; la dialéctica política se conserva, en general, como era en la obra de Platón y nuestro siglo ha visto resurgir la figura más clásica del tirano en el seno de un régimen que creía haber eliminado todas las causas económicas y sociales de la opresión del hombre por el hombre. La opinión pública, en un mundo de cambio continuo, se irrita ante una política inmóvil y racionante. Mientras que las *mass media* aseguran un consumo instantáneo de un extremo al otro de la tierra, hacen falta años de negociaciones para arreglar el más pequeño incidente internacional; mientras que el hombre alcanza la Luna, las grandes Potencias siguen discutiendo la situación de Berlín como en la época del Congreso de Viena. La mezquindad y la esterilidad de la política justifican, en cierta medida, el descrédito en que ha caído. Es verdad que se tiene, más o menos, conciencia de que el destino del mundo está pendiente de las decisiones políticas, pero de un modo tan absurdo que la inteligencia, también ahí, se desentiende de ese juego abstracto y lejano. De hecho, la política jamás había tenido tanta responsabilidad; el hombre es capaz ahora de aniquilar a la Humanidad y tiene ante él la ingente tarea de alimentar y equipar a las regiones subdesarrolladas. Pero la política no posee el lenguaje para traducir todo esto en términos de voluntad y de unidad. Mientras que la técnica unifica los modos de vida y las mentalidades, la política permanece en un estado de ciego particularismo. La rivalidad de intereses, la obstinación de privilegios, suscita conflictos tan sangrientos e insolubles como en los siglos pasados. Así Francia entra en la era atómica haciendo, desde hace cinco años, la guerra en Argelia.

La universalización de los problemas fundamentales arrebatada a

la política clásica gran parte de su interés. La política moderna nació con el Estado; es, esencialmente, una manera de tratar los negocios nacionales. Ahora bien, la política ha permanecido nacional, mientras que los grandes problemas económicos traspasan las fronteras y comienzan a hacerse problemas mundiales, tales como el del desarme atómico y el de la ayuda a países subdesarrollados. El ciudadano, si tiene todavía influencia en los asuntos de su comunidad, siente que no tiene casi ninguna en la conducta del Estado. Las determinaciones exteriores son demasiado complejas. Así los "degauillistas", que eran enemigos de la Unión Europea, han sido obligados, por la fuerza de las cosas, a adoptar la política de sus predecesores y a instaurar el Mercado Común europeo. El contraste entre la internacionalización de los problemas vitales y la política nacional es, evidentemente, una causa de la "despolitización" actual.

III

¿Es posible suprimir la política? ¿Se la puede reemplazar por una técnica administrativa al servicio de una ciencia elaborada? Muchos filósofos del siglo XIX lo pensaron. Es sorprendente señalar que incluso todos los teóricos socialistas, desde Saint-Simon a Marx, pasando por Proudhon, estuvieron de acuerdo en este punto: la supresión de la política, la sustitución "del gobierno de los hombres por la administración de las cosas". Para ellos la política era el resultado de un desconocimiento y la máscara de una explotación; debía ceder el puesto a una gestión libre y consciente de los recursos económicos. El filósofo y matemático francés Gournot vio en la política incluso un residuo pasional de la ignorancia y profetizó el instante en que lo "mecánico" racional sustituiría a lo "vital" pasional; entonces la sociedad estaría constituida por un conjunto de mecanismos inmutables que bastaría conocer para dominarlos. Nuestra época parece darle la razón, tanto en la línea de un marxismo para el que la socialización de los medios de producción elimina el objeto de un debate político, como en la línea de una tecnocracia que no reconoce más que problemas de organización, que escapan al juicio de una opinión incompetente.

En el fondo, por vías inesperadas, la actitud corriente en las sociedades contemporáneas se une a la utopía tecnocrática y socialista del siglo XIX. La idea de que la política no es otra cosa que una ilusión, un engaño y, como lo describe Valery, "el medio de impedir a la gente que se meta en lo que le importa", se ha extendido ampliamente en las capas populares. En Francia, las rivalidades de partidos

habían llegado a ser tan bizantinas que sólo los iniciados podían reconocerlos. La opinión seguía de lejos un espectáculo que, a veces, le distraía, pero en el que no participaba. La realidad, forzando siempre a los partidos a renegar de sus promesas, habiendo perdido los electores toda confianza en los programas y las controversias, hacía aparecer a la política como el reino de la elección de la mentira; un hombre honrado no podía hacer carrera. Me basta con citar aquí la reflexión de un obrero: "Los comunistas son buena gente; es una verdadera pena que hagan política".

Este aspecto oscuro, esotérico, de la política, contrasta con la noción de interés general, tal como ella se impone a nuestro mundo industrializado. A mi juicio, cada época sigue inconscientemente un modelo que le fascina; la Iglesia, con su universalidad, su sacerdocio, sus promesas de salvación, ha dominado el espíritu del siglo XVIII al XIX, hasta cuando se proclamaba ateo; en los comienzos del XX el Ejército ha significado el arquetipo de la organización social; sobre ese templo de movilización general de energías se edificaron los partidos de masas y los regímenes totalitarios; en nuestros días es la empresa industrial la que impregna las mentalidades y las conductas. En todos los momentos de la vida ofrece la prueba de su eficacia y de su poder; es ella la que transforma al mundo y da a los hombres posibilidades siempre mayores. Su superioridad aparece como indiscutible, sobre cualquier otro tipo de grupo humano. Y por eso arrastra en su estela todas las demás actividades sociales. La organización para el rendimiento, el trabajo en equipo, la jerarquía aceptada, el prestigio de la producción en serie . . . todas las actitudes y todos los sentimientos que utiliza la industria moderna (y se pueden reconocer fácilmente todos los componentes de origen religioso y militar) gobiernan a su vez el comportamiento general del individuo. El mismo Estado es concebido como una gigantesca empresa, como el resultado de las resultantes. Su primera tarea es la organización de la producción y del consumo. Bien lo ha demostrado el famoso diálogo televisado entre Nixon y Kruschev, que fue un poco como la primera reunión electoral de un mundo en vías de unificación: la discusión política desembocó esencialmente en las estadísticas comparadas, sobre quién tendrá una mayor cosecha de maíz y quién producirá más máquinas de lavar.

La industria condiciona la política, bien sea bajo la forma de una planificación impuesta desde arriba por el poder, o bajo la forma de una producción "capitalista", estimuladas por los progresos del consumo. Las dos Grandes Potencias mundiales, cada una traduciendo en su régimen político su propio tipo de industrialización, están ligadas ahora, la una a la otra, por una competencia cuya naturaleza y riesgo residen en su capacidad productiva. Por su parte, la opinión

pública, hipnotizada por la curva de las estadísticas y enlazando su felicidad a los progresos de la industria, tiende a reducir la política a problemas de organización y productividad, tal como se presentan en los grandes negocios. Bien sea bajo la forma del esfuerzo colectivo de planificación o por una empresa privada como intermediaria, el ciudadano queda integrado como productor. El poder le parece menos un riesgo de combate por la vida y por la libertad, por el triunfo de su grupo, que un puesto de dirección, un puesto de mando, donde los grandes intereses se comparan y ajustan unos a otros. Una especie de ideal cibernético sustituye a las luchas de opinión, a los exclusivismos ideológicos, a las guerras de clases. La ley de empresa se convierte en la ley de la ciudad: división del trabajo, evaluación funcional de los individuos, dirección estable apoyada en un cuadro de técnicos, autoridad impuesta bajo la forma de una "regla de juego" a la que los subordinados quedan asociados "democráticamente" por un sistema de informaciones y de atenciones benévolas. . .

En un régimen así es evidente que la concepción del poder y la naturaleza de la política se transforman profundamente. Ya no se busca "apoderarse del poder" y muy pocas personas desean participar en él: se desea "ser gobernado" de una manera eficaz y estable por un árbitro prestigioso que ejerza su autoridad paternal sobre grupos rivales que conviene convertir en cooperativos. Lo que los electores manifiestan con su voto no es una voluntad coherente; un *pattern* político general, sino una "lista de votos y deseos".⁵ La opinión se limita, cada vez más, a emitir deseos parciales dentro de un cuadro previamente aceptado por ella; y muchos votos pasan de un partido a otro solamente para crear una alternativa saludable en el ejercicio del poder. De esta manera la política tiende a perder la convicción que inspiraba para expresar, sobre todo, los intereses y las cuestiones tácticas. El poder se disuelve en una multiplicidad de centros exteriores (la "poliarquía" de Robert A. Dahl) y se convierte en un complejo mecanismo sobre el cual pesan los grupos de interés, los *lobbies*.

La ideología, abandonada, adquiere un carácter caduco y absurdo. Los intelectuales, que tradicionalmente nutrían a la política de ideas y mitos, son descartados y, a menudo, llegan a ser auxiliares especializados entre los demás. Esta "despolitización" del sistema democrático alcanza más hondamente a los partidos de izquierda, ya que vivían sobre todo, de ideologías y compromisos. Ahí está la razón de la crisis de la social-democracia europea; es deprimente contemplar a los partidos que proponían antaño la creación de la Internacional, la sociedad sin clases, la reconciliación del hombre consigo mismo, bus-

⁵ Fr. Bourricaud, "Democratie et Polyarchie", *Esprit* (abril: 1959).

car desesperadamente pequeñas mejoras que puedan incluir en su programa en materia de vacaciones o de Seguro Social, y no poder distinguirse, más que a duras penas (como en la Gran Bretaña), de sus adversarios de derecha.

IV

¿Es realmente necesaria la política en los Estados Modernos? De hecho, estas democracias indiferentes a la política, de las que hemos hablado, siguen funcionando y, pese a muchos errores y despilfarros progresan, al menos en el plano económico y social. Pero son incapaces de señalar a su actividad un objetivo que vaya más allá de la organización y la distribución de la producción. La idea del hombre, a la que se refieren, resulta un vago postulado, sin fecundidad creadora. En ninguna parte vemos edificar, ni aún proponer, una civilización; es decir, una manera de vivir en sociedad de acuerdo con un estilo, una armonía entre el hombre y sus creaciones, que implique que la producción sirve para otras cosas, aparte del estímulo indefinido de las necesidades. El mundo occidental adolece de esta falta de sentido. Padece, a través de innumerables neurosis individuales, de esa "insatisfacción" de que hablábamos antes; pero también padece políticamente, porque es incapaz, en la actual rivalidad mundial, de proponer un modelo universalizable.

La política comunista y la política occidental han sido privadas de sustancia por el progreso de la industria; cada una de ellas expresa una forma de la producción —en un aspecto más autoritario o más democrático. Ahora bien, pese a sus excesos, el comunismo mantiene, a través de su gigantesco esfuerzo de industrialización, los restos de la gran utopía socialista del siglo XIX. Estoy convencido de que la verdadera causa de la preferencia que demuestran por él tantos pueblos subdesarrollados se refiere a ese reflejo ideal, mucho más que a la cantidad y la calidad —todavía inferiores— de su producción. Esto nos debería hacer pensar en los riesgos de la "despolitización". En realidad, la política no ha sido superada, como ingenuamente creen los tecnócratas modernos. Los problemas que actualmente eclipsan a la política están por debajo, y no por encima de ella. La organización y la distribución de la producción son problemas políticos secundarios; pero queda toda la ordenación de la vida humana y las grandes alternativas a las cuales no se puede escapar por mucho tiempo, puesto que resurgen del exterior para sacudir a las naciones replegadas en su orgullo y su bienestar. El porvenir del mundo está aún pendiente de la política. ¡Y ahora nos desembarazamos de la política y nos feli-

citamos por ello! Pero estamos acercándonos a una época nueva; la igualdad del poderío económico de los Estados Unidos y la Unión Soviética obliga a buscar un idioma político para la coexistencia, objetivos y medios políticos universales. Nos daremos cuenta entonces de que no hay política sin una idea del hombre, sin un sentido de la Historia, y la Humanidad se verá forzada, bajo pena de perecer, a emprender de nuevo la ruta de su liberación que le ha conducido desde la primitiva tribu a la ciudad antigua; y de la ciudad antigua al Estado moderno; ese es el camino de la razón política que hoy desemboca en la unidad mundial.

La "despolitización" actual significa una fase transitoria del desarrollo humano; la prioridad necesaria del equipo industrial. Pero en sí mismo no es un progreso ni una norma; refleja, más bien, la urgencia de los problemas de masa, una cierta fatiga del trabajo y la ausencia de grandes ideas constructivas. Queda por redescubrir, por reconstruir, una nueva política, si queremos recobrar el dominio de nuestro destino. Si no, ese destino nos será impuesto y tendremos que sufrirlo. En ningún caso podremos escapar de la política; ni multiplicando las fábricas, ni colonizando la Luna. La política sigue expresando la tragedia de la condición humana, el peso de una Humanidad que penetra en los cielos, pero que no llega a encontrar en la tierra su objetivo y su paz.